

Cultura

¡Era... ciencia ficción!
Yolanda Zamora

Seguramente muchos de nosotros habremos leído de muchachos, con especial avidez, narrativa inmersa en el género de la ciencia ficción. Obras como *Crónicas Marcianas*, *Fahrenheit 451*, *El hombre ilustrado*, del escritor norteamericano Ray Bradbury, o bien *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley; o acaso *Yo, robot*, o la Trilogía o ciclo de Trantor, de Isaac Asimov... entre otras obras que fueron un hito en el género durante la segunda mitad del siglo XX.

Leíamos estas novelas y relatos con fascinación, azorados, abriendo mucho los ojos ante un futuro planteado muchas veces en forma fatalista o crítica, amenazas de mundos coercitivamente dominado por las grandes transnacionales, o por el capitalismo recalcitrante con altos grados de sofisticación tecnológica y carácter represivo. Y estas lecturas, alertaban sobre un futuro así... pero uno, al sentirse confrontado desde el punto de vista del humanismo, podría perfectamente decirse, respirando aliviado: ¡Bueno, después de todo, esto es sólo ciencia-ficción!

Y así, uno podía divertirse al imaginar por ejemplo, el gran ojo que lo vigila todo, capaz de entrar los hogares del mundo para espiar y dirigir los comportamientos; los viajes interplanetarios de uno a otro extremo de la galaxia; las proyecciones cuatro dimensionales en todo un cuarto, en donde toman forma y salen de la pantalla los personajes; los robots ¿capaces de volverse contra el hombre? aunque las leyes robóticas establecen que no deberá hacerlo jamás.

Uno, al leer estos relatos, podía imaginar esos mundos áridos, sin vegetación; la lucha por la sobrevivencia, el control y la explotación del poderoso sobre el hombre común... ¡Ah, pero todo esto, **era** ciencia ficción!!!

El caso es que muchas de estas distopias –realidades perversas que se oponen al mundo ideal- parecen estar ya... ¡a la vuelta de la esquina! Vertiginosamente se suceden los cambios científicos, cada vez más asombrosos; las herramientas de manipulación de la vida humana; y en la misma forma de vértigo los seres humanos del siglo XXI vivimos adaptándonos a los cambios, como si nadásemos en un océano agitado, manteniendo la cabeza fuera, pero enfrentando una ola, y otra y otra... más tardamos en asimilar una nueva herramienta –celulares, computadoras, máquinas de todo tipo, programas...- cuando ya está frente a nosotros la nueva propuesta que rebasa nuestras capacidades. ¡Zanahorización electrónica perfecta para seguir comprando lo que el mercado nos ofrece!

Nunca como ahora se vive este vértigo de la ciencia, se patentan y mercantilizan los hallazgos, de tal manera, que sólo los económicamente poderosos pueden tener acceso a ellos: se globalizan las consignas sobre “cómo se debe vivir” y se dejan correr de punta a punta del globo terráqueo. *El shock del futuro*... está en el presente y ¡Ay de aquel que no tenga las habilidades para adaptarse! Prácticamente, podría ser considerado por algunos: ¡un analfabeta funcional.

Sería una necedad negar las grandes ventajas de la tecnología actual, herramientas que aprovechamos todos (Su servidora, por ejemplo, puede enviar este artículo vía Internet, sin necesidad de salir de casa ¡con el frío que está haciendo!). La técnica al servicio del hombre ¡magnífico! Se acortan distancias, y uno puede conversar con el hijo, con la madre, con el pariente, con el amigo... desde México hasta China, o desde Argentina hasta Australia... ¡todo esto es extraordinario!

El problema se presenta cuando se aprovecha la técnica para deshumanizar al hombre, y éste lo permite. En días pasados conversaba con un chico de 18 años que me decía, reproduzco parte del diálogo:

-*¡Yo paso todo el día, chateando, y a veces hasta toda la noche!*

-*¿Y no tienes amigos...?*

-*Sí. En Internet.*

-*¿Y novia?*

-*Claro, la veo en Internet...*

-*Y qué, no juegas fútbol, o algún deporte...*

-*Sí, me encanta el fútbol, y lo juego frente a la pantalla...*

Bueno, subrayo, ¡qué maravilla que la técnica esté al servicio del hombre, pero qué terrible que dejemos de vivir en la realidad, para vivir virtualmente.

Y esto es sólo un ejemplo.

Pero, ¿a dónde va toda esta técnica? ¿A dónde nos conduce como especie? ¿Somos mejores, gracias a las nuevas herramientas digitales, por ejemplo? ¿Somos mejores seres humanos, a través de la manipulación genética?

¿Sería posible que hubiesen tomado forma ya, aquellos mundos imaginados por los autores de ciencia ficción del siglo pasado?

Nunca olvidaré la expectación y polémica que causó *Deep Blue*, la primera computadora que venció a un Campeón del Mundo, Maestro Ajedrecista, Gary Kasparov, el diez de febrero de 1996, en una partida memorable “hombre contra máquina”. Más tarde, Kasparov ganó tres y empató dos de las siguientes partidas, derrotando a Deep Blue por cuatro a dos. El encuentro concluyó en febrero de 1996. Pero luego, el reto continuó, Deep Blue (sus programadores, claro) siguió mejorando, y finalmente, logró vencer a Kasparov.

Pero ¿realmente puede ser superior una máquina al hombre? ¿puede pensar una máquina?

¡Por supuesto que no! No hay polémica al respecto. Todos estaremos de acuerdo en que un montón de metal, cables, plástico, *chips*, etc, jamás podrá pensar por sí mismo, ¿entonces?

Quiénes alimentaron la máquina, claro, seres humanos de carne, hueso e inteligencia, lograron que Deep Blue fuese capaz de calcular 200 millones de posiciones por segundo, es decir, duplicaron su potencia en relación con la versión 1996, un superordenador poderosísimo. Así que, sencillamente, la rapidez del cálculo, en la máquina, fue el elemento que definió el triunfo, no de la máquina contra el hombre, sino de quienes diseñaron la máquina, contra el hombre. La Deep Blue, por más azul profundo que sea, jamás será capaz de discernir, o elegir por sí misma, uno solo de sus movimientos. La gran computadora fue “desmantelada” y no aceptó revanchas.

¿Ciencia ficción? Pues sí. Hemos llegado a decir... antes era ciencia-ficción. Ahora está frente a nosotros, lo cual implica una honesta revisión del panorama actual en estos inicios del siglo XXI. Una ponderación prudente y sabia de los “avances científicos y su repercusión en la vida del hombre” y una acción clara y consecuente de acuerdo con nuestros valores. Para privilegiar el bien, es necesario contar con la prudencia, y la sabiduría que nos llevará a la acción cotidiana más adecuada para todos.

La pregunta es sencillamente, ¿Qué es aquello que nos hace más humanos? Y optar por ello en consecuencia. Construir, no destruir, abrir opciones y alternativas para la humanidad en lugar de clausurarlas, y unirnos todos, mano con mano, en la

construcción de un presente humano y digno, para todos. ¡Bienvenida la técnica, sí! Pero, la técnica al servicio del hombre. Bienvenidos los avances que facilitarán su trabajo, su realización y libertad. De ninguna manera su esclavitud, y sometimiento.

Finalmente, ojalá que todos estos avances, fuesen, en principio, para todos, y no sólo para unos cuantos.

Afortunadamente, ni la libertad, ni la sabiduría, ni la realización, dependen en lo absoluto, de su majestad la ciencia. La plenitud del ser humano, la encuentra, definitivamente, en el rostro del otro, en su mirada cálida y humana, y en el sentido de su vocación al servicio de los demás.